

La apropiación conservadora de Joaquín Costa: el caso de Azorín

JOSÉ FERRÁNDIZ LOZANO¹

Entre las visiones que otros intelectuales tuvieron de Joaquín Costa llama la atención la de Azorín. Sus escritos, de aparente cortesía, le negaban en cambio originalidad, situando al aragonés en una línea de pensamiento crítico transitada por otros con antelación. La identificación de Azorín con el Partido Conservador a partir de 1907 le llevó a aprovechar su presencia en prensa para construir una idea del conservadurismo español, tratando de mimetizar en ella a autores clásicos y coetáneos. Esa práctica la ejecutó con Costa, especialmente en los artículos inmediatos a su muerte. En contraste con la prensa liberal, Azorín situó la obra del aragonés en el pensamiento conservador, asegurando que su lucha tenaz perseguía la continuidad nacional. Con este acto de apropiación ideológica no dudó en restarle méritos como innovador, dibujándolo como un publicista “conservador, tradicionalista”.

Of all the visions that other intellectuals had of Joaquín Costa, the vision of Azorín draws our attention. His writings, polite in appearance, in contrast, denied him originality, positioning this Aragonese person in a critical line of thought previously transited by others. Azorín's identification with the Conservative Party from 1907 on, enabled him to take advantage of his presence in the press to construct an idea of Spanish conservatism, in an attempt to merge in with classical and contemporary authors. He carried out that practice with Costa, specially in the articles immediately after his death. Contrasting with the liberal press, Azorín positioned the Aragonese's work in the line of conservative thinking, assuring that his tenacious fight pursued national continuity. With this act of ideological appropriation, he did not hesitate to take merit away from him as an innovator, describing him as a “conservative, traditionalist” publicist.

Con el cuello recio y la barba entrecana, revuelta, sin aliños, bajándole hasta el pecho, vio Azorín —o simuló haber visto— a Joaquín Costa en su último discurso. Le describió con andar lento y apariencia de agobio, sostenido por dos amigos cuando llegó al salón. Su voz ante el auditorio ansioso sonó igualmente lenta, uniforme, “como un expirante gemido trágico”. Azorín, cuya visión del aragonés merece atención por tratarse de la mirada de uno de los intelectuales literarios de más renombre entrado el siglo xx, incluyó esta escena en uno de los capítulos de su libro *Clásicos y modernos*, publicado en 1913. El recuerdo de esta imagen triste y fatigada, como él la dibujaba, le provocaba a su vez la evocación personal de verse en mocedad leyendo

1 Profesor de Ciencia Política en la Escuela Universitaria de Relaciones Laborables de Elda (Universidad de Alicante), joseferrandiz@ua.es.

sus libros, sus artículos, sus discursos, en mezcolanza con la lectura de los clásicos. Y añadía que los textos de Costa se le unían a los paisajes de Castilla, al tiempo que ponderaba su prosa, palpitante de un realismo vigoroso, por la que pasaban —resumía— los campos secos, los pueblos miserables, los montes pelados, los sembrados ralos, los ríos desaprovechados, los labriegos expoliados por el fisco y los barcos de emigrantes que se alejaban por el azul mientras en España permanecían los caciques y la falacia parlamentaria.² Azorín ponía de su parte toda esta literatura de palabras medidas para provocar emoción en sus lectores. Curiosamente lo hacía sobre un personaje al que reconocía un elevado respeto, sí, pero al que —valga la paradoja— no trató siempre con similar benevolencia.

No fue esta de *Clásicos y modernos* la única vez que escribió sobre él; por ello su visión fue diversa. En ocasiones sus escritos acreditaron ambigüedad, sin quedar del todo claro si le elogiaba o rebajaba sus méritos; en otros momentos le negó cualquier mérito de originalidad en su pensamiento regenerador, mientras que en otra etapa, la inmediata al fallecimiento de Costa en febrero de 1911, insistió en interpretar su obra como conservadora, lo cual contrastaba con la lectura que otros hacían de sus ideas. Azorín propuso esa lectura interesada en coincidencia con sus años de conservadurismo prolongado, sobre todo desde que en 1907 Antonio Maura había facilitado su entrada en la política parlamentaria como diputado en el Congreso y su actividad periodística y literaria derivó hacia contenidos partidistas, parcialidad que se acentuó a partir de 1910 con sus defensas incondicionales, manifiestas, de la figura del también conservador Juan de la Cierva, casualmente en los días en los que la presencia del escritor como diputado cesó durante un paréntesis de cuatro años, hasta su reincorporación en 1914.³

El rastro de los escritos principales de Azorín sobre Joaquín Costa, con origen en su mayoría en las páginas de la prensa, puede ser hallado en distintos libros: *Lecturas españolas* (1912), el citado *Clásicos y modernos* (1913), *Fantasías y devaneos* (1920), *Varios hombres y alguna mujer* (1962) y sobre todo *De Valera a Miró* (1959), en cuyas páginas recogió, con la colaboración de su aplicado compilador José García Mercadal, seis artículos rescatados de los periódicos *El Pueblo Vasco*, *ABC*, *La Vanguardia* y *La Prensa* de Buenos Aires, publicados desde 1908 a 1924.

La fidelidad cronológica exige, en cambio, que se señale como primera gran atención de Azorín al personaje el artículo “La melancolía incurable del señor Costa”, incluido el 29 de marzo de 1904 en el diario *España* que dirigía Manuel Troyano, texto conocido fundamentalmente por su recuperación dieciséis años después en el libro *Fantasías y devaneos*. El periódico *España* había nacido ese mismo año, y a su cuadro de colaboradores se incorporó muy pronto como cronista de Cortes el treintañero José Martínez Ruiz, ya conocido novelista, que estrenó su pseudónimo *Azorín* en esas mismas páginas al iniciar su serie “Impresiones parlamentarias” el 28 de enero. Aunque quizá sin mucha intensidad, los dos intelectuales tenían establecidas sus relaciones anteriormente; de hecho, en palabras manuscritas de Costa en una carta de 1902 constaba, como

2 *Obras escogidas*, vol. II: *Ensayos*, Miguel Ángel Lozano Marco (coord.), Madrid, Espasa-Calpe, 1998, pp. 966-968.

3 Para un conocimiento amplio de la vinculación de Azorín al Parlamento español véase José Ferrándiz Lozano, *Azorín, testigo parlamentario: periodismo y política de 1902 a 1923*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2009.

agradecimiento por haber recibido en el Ateneo un ejemplar de la novela *La voluntad*, que Martínez Ruiz era un escritor por quien sentía simpatía.⁴ No habían pasado todavía dos años cuando el joven escritor se puso en contacto con Costa, probablemente para la preparación del artículo del diario *España*. Con membrete del periódico, le remitió una carta fechada el 23 de marzo de 1904 en la que le pedía unos minutos de audiencia. “He estado dos o tres veces en su casa: no he tenido la fortuna de encontrarle en ella. Volveré el viernes, y si usted me hace el favor de recibirme, procuraré corresponder a esta atención siendo lo más breve posible mi visita”.⁵ No sabemos si el encuentro se produjo. El caso es que el día 29 aparecía en *España* “La melancolía incurable del señor Costa”, un texto extenso en el que con fidelidad al título presentaba al protagonista melancólico en su reflexión sobre el pasado español: el pasado como referente de tiempos mejores, al menos respecto a la política y a los propios políticos españoles. La imagen inicial con la que aborda ese contraste —en el que comparece el tópico regeneracionista del campo árido castellano— adquiere cierto lirismo en alguna de sus frases.

Cuando el señor Costa, de regreso a su casa, al anochecer, echa una mirada hacia lo lejos, antes de traspasar los umbrales, contempla la llanura yerma, sombría, monótona, solitaria, inmensa... Se oyen los silbatos agudos de las locomotoras; el cielo va ensombreciéndose por momentos. Cerca, en primer término, surgen, entre las chimeneas hieráticas, entre las cubiertas metálicas de los depósitos, entre las humaredas blancas de las máquinas, las cimas agudas e inmóviles de unos cipreses. Es un cementerio abandonado desde hace largos años. El señor Costa posa la mirada, un poco vaga, en la árida llanura castellana, y luego la deja caer en las copas solemnes de estos cipreses. Y, entonces, una aguda sensación de melancolía se hace en su espíritu. ¿Comprendéis el porqué? A la sombra de estos árboles rígidos, mudos, duermen el sueño eterno tres grandes hombres: Mendizábal, Argüelles, Calatrava. ¿Habéis comprendido ya la sensación de amargura del señor Costa? El señor Costa piensa un momento, mientras sube la escalera de su casa, en estos eximios políticos de antaño, y luego, por asociación ideológica inevitable, piensa también en los pequeños políticos del presente.⁶

4 Para agradecerle Costa el envío de un ejemplar de *La voluntad*, le dirigió una carta fechada el 7 de junio de 1902. “Sr. D. J. Martínez Ruiz. Muy distinguido señor mío: Me traen del Ateneo en este momento la nueva producción de Vd. *La voluntad*, con una dedicatoria de pródigo, que así me viene a mí como pudieran a marmimidón las armas de Aquiles; y me apresuro a expresarle mi obligación y agradecimiento por haberme ofrecido ocasión de conocer la obra de un escritor por quien siento tanta simpatía y cuyo sugestivo prólogo en torno al Arabí constituye el más tentador de los aperitivos. Leeré muy gustosamente su novela en cualquier rato libre. Reciba, con mis plácemes, la expresión de mi más alta consideración y estima. Joaquín Costa. Abogado” (Santiago Riopérez, *Azorín íntegro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1979, p. 317).

5 Franco Díaz de Cerio, “Tres cartas de Joaquín Costa y cinco dirigidas a él”, *Letras de Deusto*, 1 (1971), pp. 195-199. En el momento de publicar esta carta en el citado trabajo, su original se hallaba en el Fondo Costa del Archivo Histórico Nacional; actualmente se conserva en el Archivo de Joaquín Costa depositado en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, sign. COSTA/000097/102-2B(8471).

6 Azorín incluyó a Mendizábal en esta imaginaria evocación de Costa, pero posteriormente se ocuparía de la crítica que el autor aragonés expuso en un homenaje en 1908 que se celebró en recuerdo de quien dio nombre a la desamortización de 1836. A solicitud de los organizadores, Costa envió un texto que fue leído y que, como observó Azorín, quebrantaba la figura del homenajeado. “Costa —escribía en un artículo en el que comentaba esta situación— es de una sinceridad hermosa, nobilísima. Mendizábal no hizo una revolución; la desamortización lo que ha hecho en puridad de verdad es dar origen al actual estado político y social de las cosas. La mesocracia presente debe su vida a Mendizábal; el pueblo, la clase menesterosa de labradores y terratenientes, en vez de resultar favorecida, salió perjudicada con la desamortización” (“Mendizábal y Costa”, *ABC*, 31 de julio de 1908).

El resto del artículo, no obstante, era un ejemplo de ambigüedad azoriniana, escrito en su periodo creativo más irónico, por lo que resulta difícil concluir si la figura de Costa recibía tratamiento serio, de admiración, o era objeto de un humorismo suave, coherente con el concepto de ironía que tuvo Azorín, explicado por él mismo: “La ironía nos seduce, apacible; no nos conmueve; no nos sorprende. No sabemos, a veces, si se trata o no de ironía: la duda nos deja meditativos, absortos”.⁷ El autor del artículo de *España* aludía a la política hidráulica, a la larga autocomplacencia española en la creencia de que el suelo español era un paraíso, o a los avisos de Balmes en 1843 en el sentido de que esto era un error y se necesitarían para las obras hidráulicas no un buen gobierno sino largos años. En cierto modo, Azorín restaba novedad a los planteamientos de Costa. Con todo, lo que parece ser que más molestó a este fue un detalle ajeno a toda reflexión política, un detalle meramente anecdótico: la comparación de su personalidad con la de Pablo Antonio de Olavide, no en la parte en que Azorín rescataba el deseo de Voltaire de que España poseyese cuarenta hombres como Olavide, lo que venía a ser un anticipo de la expresión costista de que acaso cuarenta o cincuenta hombres bastarían para hacer una revolución en el país, sino en la mención frívola de un paralelismo inesperado. “¿Necesitaré decir —escribía Azorín— que el señor Costa tiene cierta discreta, aunque inevitable, predilección por las lindas muchachas, voluptuosas y joviales?”. Esta licencia no agradó al aludido, que se quejó a Manuel Troyano y confió en que el infractor se disculpase ante él en el Ateneo, invitación que desestimó el cronista, como contó George J. G. Gheyne. Según el testimonio revelado a este biógrafo británico por Pilar, la hija de Costa, la visión que su padre tenía de Azorín era la de un “esnob y un oportunista”.⁸

Pero, dentro de las ambigüedades azorinianas, el reconocimiento al carácter intelectual de Costa era sin duda mucho más alto que el que concedía a otros coetáneos. No es extraño, pues, que le nombrara como “uno de los temperamentos más originales y más robusto de nuestra España contemporánea”, a pesar de negarle novedad en su pensamiento crítico, como tampoco sorprenden sus vaticinios de que estaba llamado a perdurar, pasado un siglo, mientras que a algunos ilustres del momento les auguraba el regreso a la penumbra que les correspondía. “Joaquín Costa —afirmaba— brillará con una luz propia y clara en la historia de nuestra política y de nuestras letras”. Semejante pronóstico lo escribía, para más curiosidad, cuando ejercía como periodista y diputado con loa a Antonio Maura durante la presidencia del político mallorquín de su “gobierno largo” de 1907 a 1909, en la misma etapa en que Azorín aprovechaba para señalar contradicciones de Costa, sobre todo por declararse republicano y demócrata y creer, como medida terapéutica, en las posibilidades bienhechoras de un gobierno personal con tutoría intensa y activa, “cosas todas —subrayaba el periodista y escritor en *El Pueblo Vasco*— puramente conservadoras”. Incluso discrepaba de la ilusión costista de abolir temporalmente el Parlamento, oponiéndole como argumento que una vez repuesto, después de sanear la nación, se volvería a la misma disgregación de la sociedad española.⁹

7 *El cine y el momento*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1953, p. 14.

8 *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 2.ª edición, con prólogo de Josep Fontana y epílogo de Eloy Fernández Clemente, 2011, pp. 118-119.

9 *De Valera a Miró*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1959, pp. 147-167.

Ahora bien, lo que por entonces solo eran para Azorín contradicciones del aragonés se convertirían, en cambio, en oportunidades futuras para analizar con mayor profundidad su pensamiento, suscribiendo a partir de su muerte una interpretación más elaborada que perseguía arrebatar el nombre de Costa del patrimonio ideológico “radical” —esta era la expresión que siempre utilizaba—, animado, claro está, por la relevancia que le reconocía. Así lo demuestra un artículo, prácticamente olvidado, publicado en *El Pueblo Vasco* en enero de 1911 —el escritor compaginaba en esa época sus colaboraciones en el diario de San Sebastián con las de *ABC* en Madrid y las de *La Vanguardia* en Barcelona—, donde intuía su modo de vida en Graus y le resaltaba como “uno de los grandes pensadores de España”.¹⁰ Quizá no imaginaba, todavía, que la vida del protagonista de su texto estaba tan solo a una semana de extinguirse. De ahí que no tardara en ocuparse de su memoria.

Los primeros artículos azorinianos tras la muerte de Costa el 8 de febrero de ese año pudieron leerse en *ABC*, donde colaboraba con mayor frecuencia, periódico que al día siguiente dedicó su portada a la noticia con una foto, acompañada del titular “Fallecimiento de un español ilustre”. El diario fue dando cumplida nota en los días siguientes, bajo el epígrafe “Muerto ilustre”, de los hechos que sucedían, reproduciendo también fotografías de su entierro. Azorín no tardó en comparecer con un artículo el día 10 titulado “En tierra aragonesa”, aunque en sus líneas simplemente se refería al deseo de Zaragoza de acoger sus restos —deseo al que se adhería públicamente— y al arraigo del fallecido con su región, insertando los nombres de otros ilustres de su tierra como los Argensola, Baltasar Gracián, Zurita, Pellicer, Aranda, Goya o Mor de Fuentes.¹¹ Más dotado de enjundia era el publicado unos días después, el 15 de febrero, con el título de “La lección de Costa”. Desde un periódico conservador como *ABC*, cuya orientación ideológica quedó más marcada desde que el propietario Torcuato Luca de Tena resultó favorecido por Maura en 1909 como senador vitalicio y el diario apoyó con ardor a este político en la polémica surgida tras la Semana Trágica de Barcelona que acabó con su “gobierno largo”,¹² Azorín esbozó con decisión el perfil de Costa que le convenía, trazado aquí con contornos tradicionalistas, compatible con la idea de la continuidad que la filosofía del conservadurismo defendía desde la reacción de Edmund Burke a la Revolución francesa. Basta como muestra un fragmento azoriniano de este artículo.

La obra de Costa hunde sus raíces profundas en la tradición, en la historia, en la mitología, en el derecho consuetudinario, en la raza, en los factores naturales y sociales de nuestra sociedad, en todo lo que, en suma, constituye nuestra nacionalidad, nuestro pasado y nuestro presente. Si esa obra tiene fuerza y tendrá eficacia en lo porvenir, es cabalmente por ser una obra tradicionalista, profundamente castiza, apoyada en la historia, en la raza y en el suelo.

10 “Costa”, *El Pueblo Vasco*, 31 de enero de 1911.

11 “En tierra aragonesa”, *ABC*, 10 de febrero de 1911.

12 Azorín había sido, precisamente, artífice en estas dos acciones. Medió con Maura para que apoyase el nombramiento del propietario y director de *ABC* como senador vitalicio, a fin de que el diario estuviese de su parte, y se erigió en uno de los más activos periodistas de la cabecera en la polémica de la Semana Trágica, momento decisivo, en su opinión, para asentar la influencia conservadora de *ABC*. “El periódico se transformó; dejó de ser meramente información para ser, a la par, doctrina. Ya tenía su voto en España”, recordaría Azorín mucho después (“Como en un sueño”, *ABC*, 1 de junio de 1955).

La primera lección de don Joaquín Costa a los españoles del presente y a las generaciones venideras la constituye esta invitación paciente, pertinaz, patriótica, al estudio de nuestra propia realidad; al conocimiento minucioso y exacto de la historia de nuestra patria, de la raza, del arte, del derecho, de la geografía.¹³

Pero Azorín no solo insistía en esta dirección. Su intencionalidad política le llevaba a emparentar el pensamiento de Costa con una línea abierta con antelación en España. La fórmula de “la escuela y la despensa” sin ir más lejos, su interés por la política agraria y pedagógica en otras palabras, no la juzgaba original porque la anticiparon “multitud de tratadistas y políticos anteriores” como Cabarrús, Campomanes, Capmany, Gándara o Jovellanos. Esta negación de originalidad, que no se limitaba a estos puntos, calaría en próximos artículos azorinianos, extendiéndola a los escritos regeneracionistas de Costa. Conviene recordar uno de los textos que sirvieron a Azorín para inventar la etiqueta de *generación del 98*, uno de los cuatro artículos de esta serie publicados en *ABC* en febrero de 1913.¹⁴ En el tercero de ellos, el que más contenido político poseía, apuntaba que la literatura regeneradora surgida a partir del desastre de 1898 no era más que una prolongación de otra anterior de crítica política y social que se remontaba a Saavedra Fajardo y a Gracián, que pasaba por los Cabarrús, Jovellanos o Cadalso y llegaba a nombres más cercanos como los de Eugenio Sellés, Valentí Almirall o Pompeyo Gener. La crítica al parlamentarismo, la impugnación de la corrupción administrativa y hasta la apelación a un poder personal como posible remedio podían encontrarse antes del apogeo regeneracionista. Por eso se preguntaba Azorín en 1913 si decían más o habían ido más lejos, después del 98, Joaquín Costa y otros, interpretación que estaba ya apuntada en el artículo “La lección de Costa”. Su labor —entendía aquí el escritor— no podía ser estudiada con fruto si no se tenían en cuenta los antecedentes históricos que la determinaban.

Sería un error infantil el suponer que la “doctrina” del pensador aragonés es única y original en nuestra patria. Debemos a Costa muchas ideas bellas y fecundas; debemos un impulso ardiente y generoso; debemos el que con su genio, realmente admirable, haya vivificado y robustecido una doctrina política verdaderamente nacional y bienhechora. Pero no hemos de olvidar que esas ideas, que se nos quiere presentar ahora como debiéndolas nosotros, los españoles de ahora, al gran escritor, tienen una larga y elocuentísima serie de antecedentes en España.

Lanzados estos argumentos, Azorín reincidió pocos meses después en el diario *La Vanguardia*, donde firmó el artículo “Sobre Costa” ante sus lectores catalanes. En esta ocasión no solo aprovechaba su todavía cercana muerte sino la aparición de dos libros: *Biografía y bibliografía de don Joaquín Costa*, de Marcelino Gambón, y *Joaquín Costa y sus doctrinas pedagógicas*, de Arturo Puig Campillo. No son sus severos y despectivos juicios sobre estos títulos el objeto de esta exposición —en el primero notaba carencias de precisión y vaguedad en la bibliografía, por lo que sugería olvidarlo, mientras que del segundo, con apariencia

13 “La lección de Costa”, *ABC*, 15 de febrero de 1911.

14 Con el título común de “La Generación de 1898” fueron publicados en *ABC* los días 10, 13, 15 y 18 de febrero de 1913 y recogidos en Azorín, *Clásicos y modernos*, Madrid, Renacimiento, 1913.

más pretenciosa, destacaba que el autor se limitaba a intercalar comentarios para unir citas y que pudo haberse ahorrado el trabajo—, sino las cuestiones conectadas, de nuevo, con el pensamiento político. Y es en este escenario donde apuntaba que la idea de europeización sugerida por Costa, tan del gusto de “oradores y articulistas radicales”, era un tópico surgido de un malentendido, originado por la errónea interpretación de su ideario. Su propuesta de europeización solo podía considerarse, según Azorín, como algo que daba plasticidad a sus ideas sobre reorganización y reconstitución de España, desechando por tanto cualquier finalidad exterior. Lo que llama la atención es que, a partir de esta premisa, Azorín forzaba una vez más la conexión de Costa con el conservadurismo.

Lo fundamental de Joaquín Costa estriba en haber sido un partidario ardiente, y decidido, de lo que podríamos llamar la *esencia de España*; conociendo bien tal esencia, por sus largos y profundos estudios históricos, Costa desea que para lograr la *continuidad nacional*, se destruyan numerosas y devastadoras corruptelas, vicios y desenfrenos de la política española, y se deje así, mediante este desescombro, campo abierto, ancha y libre corriente, a la savia del árbol indígena, a la propia e imperecedera energía española castiza, genuina, que ahora se ve ahogada en tanto cúmulo de trabas nocivas y de funestos artificios. Si Costa habla de europeización lo hace, no en el sentido de borrar todo lo español, sino en el de encauzar lo genuino español en aquellos cánones, reglas y moldes que pueden ser comunes a todos los pueblos civilizados.¹⁵

Continuidad nacional, reformismo, casticismo en el sentido unamuniano del término... No existe duda de que Azorín introducía elementos propios de la retórica conservadora, ligada en este caso al nacionalismo español. Pero no se contentaba con esta declaración e iba más allá en el mismo artículo al señalarle, sin medias tintas, como tradicionalista.

El publicista aragonés lejos, por lo tanto, de ser un radical, un innovador a ultranza, como algunos de sus pretensos continuadores, es un tradicionalista, un partidario de un tradicionalismo apoyado en la realidad, en la historia y en las enseñanzas científicas, un *tradicionalista positivista*, en suma.

Convencido de ello, lamentaba que la prensa conservadora permaneciese neutral, en actitud de respeto hacia el que él no dudaba en calificar como “uno de los más grandes publicistas conservador, tradicionalista”, mientras que los periódicos radicales —se quejaba— “hacían suya su figura” y se atribuían sus ideas. Para alejarlo, además, de cualquier simpatía republicana o liberal, sumaba una conclusión esbozada con anterioridad: la de que en Costa se manifestaba el antiparlamentarismo y la apelación a un gobierno personal, a la dictadura.

Estas serían, en resumidas cuentas, la posición y la preocupación azorinianas en 1911, cuya comprensión merece situarlas en su contexto. Y, más que en el contexto de las opiniones que se leían entonces sobre Costa, la explicación debe buscarse en el momento biográfico por el que pasaba Azorín. Volcado en la política conservadora tras su tránsito desde una juventud anarquista y federalista —seguidor de Pi y Margall—, el escritor que había sorprendido con su literatura, el autor que revolucionaba la estructura de la novela y rompía con las modas

15 “Sobre Costa”, *La Vanguardia*, 23 de mayo de 1911.

anticuadas, el mismo que aportaba al periodismo cauces y técnicas renovadas, el hombre que como creador literario protagonizaba una ruptura estética, no trasladaba a su ideario político y social ese mismo carácter rompedor, revulsivo, y asumía una definición opuesta: la del conservadurismo, hechizado en la tribuna de periodistas del Congreso por la oratoria de Maura. A principios de 1907, recuperado el poder por los conservadores para preparar las elecciones de ese año, que consagrarían, meses después, al propio Maura como presidente del Consejo de Ministros, ya les saludaba como “amigos” desde las páginas de *ABC*.¹⁶

Su primera etapa como diputado fue de 1907 a 1910, pero al finalizar este periodo, caído Maura y entregado al apoyo de Juan de la Cierva, Azorín no consiguió repetir como candidato, por lo que entró en una fase extraparlamentaria que, por otra parte, no disminuyó la intensidad política de su obra periodística y literaria. Su adhesión a La Cierva le hizo sentirse, cada vez más, como la voz propicia para la construcción ideológica de un nuevo conservadurismo español, recurriendo a una labor de refundición de ideas de distintos pensadores. El principio de continuidad no lo tomaba de Burke, cuya filosofía política parecía ignorar si se tiene en cuenta la carencia de citas del británico en sus textos, pero lo hallaba en Cánovas, al que le adjudicaba el honor de representar el arranque de la doctrina conservadora en España, una lectura discutible e injusta con precedentes como Balmes y Donoso Cortés, pero que le servía para identificar estratégicamente su proyecto con el legado canovista y con el origen del Partido Conservador de la Restauración. Un segundo principio que deseaba proponer era el nacionalismo, basado en la fórmula de la tierra y los muertos del francés Maurice Barrès. Los muertos, es decir la historia y los antepasados, se convertían en un justificante nacional que contaba con el sustento del territorio: un determinado medio físico y social en el que aposentar la nación. En esa concepción nacionalista tampoco se alejaba mucho de las teorías nacionales sobre el territorio de su leído Renan. Por último, como otro pilar conservador, admitía el antiparlamentarismo, influido por las ideas del también francés Charles Maurras, apuntando que el régimen parlamentario era el de la opinión, en el que los gobiernos los decidía la muchedumbre desinformada, mientras que el progreso —decía Azorín— era lucha de unos pocos contra el sentir de la masa. En este punto su ideario resultaba ser aristocrático, en el sentido platónico del término, y bebía incluso de las antipatías que por los parlamentos de corte liberal, como freno de poder a los gobiernos, encontraba en Carlyle. Toda esta idea del conservadurismo la compendió en no pocos artículos y, sobre todo, en su libro *Un discurso de La Cierva* de 1914,¹⁷ tras años de lecturas de los pensadores citados y cuando los conservadores españoles habían consumado su quiebra en tres facciones: la de los “idóneos” de Dato, la de los mauristas y la minoritaria de los ciervistas, en la que militó Azorín. En 1914, además, el escritor regresaría al Congreso de los Diputados, donde ocuparía escaño en distintas elecciones hasta 1920.

El paréntesis extraparlamentario de 1910 a 1914 lo ocupó, pues, en una revisión literaria y política que se expresó en varias obras. Puede decirse que el nacionalismo barresiano de la

16 “Parabién a los amigos”, *ABC*, 28 de enero de 1907.

17 *Un discurso de La Cierva*, Madrid / Buenos Aires, Renacimiento, 1914. Su síntesis ideológica estaba fundamentalmente recogida en su último capítulo, “La doctrina conservadora”.

tierra y los muertos estaba presente en sus libros más aparentemente literarios de esa época —*Lecturas españolas* (1912), *Castilla* (1912), *Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1913)—, donde la evocación del paisaje conectado a la historia y la recuperación o lectura revisada de autores clásicos, como depositarios de un idioma y un espíritu nacional, fortalecían sus intenciones mediante una visión estética que contenía también recursos subliminales en su parte más ideológica. Esto, unido a su mirada a ciertos eventos políticos, le presentaba en sociedad como un intelectual involucrado en un conservadurismo de aliños reaccionarios, especialmente en un periodo en el que bendecía las Cortes consultivas del Antiguo Régimen. El centenario de las Cortes de Cádiz en 1910 lo aprovechó, por ejemplo, para descargar, contrariamente, una batería crítica al parlamentarismo moderno. La revisión del proceso Ferrer en 1911 le sirvió como afirmación pública de su apoyo incondicional a la actuación de Antonio Maura como presidente del Gobierno en 1909 y de Juan de la Cierva como ministro de Gobernación en la crisis de la Semana Trágica.

En consecuencia, en el momento de la muerte de Costa, Azorín estaba inmerso en su obsesión por volver al Parlamento, intensificando para ello su relación con La Cierva cuando en el partido afloraban discrepancias internas tras la caída de Maura. Como contraprestación, quería contribuir en la formación de una doctrina que dotara a su jefe político de contenido ideológico diferenciado, aprovechando además las páginas de la prensa para mantener un ambiente intelectual favorable al nacionalismo español. Todo ello es lo que explica que deseara aprovechar el fallecimiento de Costa, noticia que tenía su repercusión y provocaba un aumento de artículos sobre el personaje, para intentar arrebatarse su legado a los círculos republicanos y radicales en la parte de su pensamiento que mejor se le ofrecía para definirlo como conservador. De ahí que resaltara que el positivismo del aragonés en los estudios históricos y en el derecho consuetudinario no dejaba de ser una manifestación de tradicionalismo; y de ahí también que la crítica de Costa al parlamentarismo, aun a sabiendas de que la vertía contra la mala ejecución del sistema, la utilizara para identificarlo con la corriente que cuestionaba el régimen representativo y prefería un gobierno fuerte. En definitiva, al dibujar un Costa antiparlamentario y simpatizante de un gobierno personal destacaba dos elementos ajenos al liberalismo, dos elementos chirriantes para el radicalismo, y consumaba su peculiar acto de apropiación de su pensamiento político.

No debe pasar desapercibido que fuera de esta época, con objetivos políticos distintos en su biografía, Azorín no insistiera en el mismo propósito en las escasas ocasiones en que escribió sobre Costa. Cabe interpretar que la suya no fue más que una reacción coyuntural en 1911, un esfuerzo para mimetizar el personaje en su ideología propia, forzada además por su enfrentamiento en la época a la prensa antidinástica pero también a la liberal, de donde procedían reiterados ataques a su inmersión conservadora. En tiempos posteriores ni siquiera mantuvo su habitual negación de la originalidad del discurso crítico de Costa. En un artículo escrito en 1917 y publicado en *ABC* sostenía que en España se imponía entonces —era el año reivindicativo de las Juntas militares de Defensa, el de la convocatoria de una Asamblea de parlamentarios en Barcelona para compensar el cierre, ya demasiado largo, de las Cortes y el de la huelga obrera de agosto— una atmósfera política que no existía antes. Lo sorprendente del caso era que para Azorín ese ambiente lo provocaba una crítica perseverante y minuciosa de todos los valores. Una crítica cuyo origen remontaba a 1898, considerándola “inaugurada por Costa”. El juicio,

obviamente, contradecía sus pasadas negaciones, y a Costa ni siquiera le discutía en 1917 la permanencia de su influencia social. “Se puede decir —concluía— que el movimiento de 1898 no ha fracasado, ni que ha fracasado Joaquín Costa. La inteligencia, señora del mundo, a la larga es la que domina”.¹⁸

18 “España. La política”, *ABC*, 8 de agosto de 1917.